



¿Cómo podemos ser llenos del Espíritu Santo?

¡Bienvenidos!

Esta mañana vimos que todo cristiano tiene el Espíritu Santo viviendo dentro de ellos.

San Pablo dice que si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no pertenece a él.

Sin embargo, Pablo escribe a los cristianos en Éfeso y dice: «Llénense del Espíritu Santo».

El verbo griego utilizado está en presente continuo —significa: «Sigán llenándose una y otra y otra vez»—.

¿Qué diferencia hay entre alguien que es cristiano y un cristiano lleno del Espíritu Santo?

A veces uso esta analogía.

En casa tenemos un calentador de gas, y tiene un piloto que siempre está encendido.

Si quieren, así es todo cristiano; siempre tenemos el piloto encendido —siempre tenemos al Espíritu de Dios que habita en nosotros—.

Algunos cristianos sólo tienen encendido el piloto.

Pero cuando se abre el agua caliente, el calentador hace ¡bghhh! —no exactamente, ¡pero algo parecido! ¡Bghhh!—.

Y la flama se enciende y calienta el agua.

Algunos cristianos son cristianos-piloto, y otros son cristianos-¡bghhhh!: cristianos que arden a todo gas, ¡disculpen la mezcla de metáforas!

¿Cómo sucede esto?

En el libro de los Hechos, que es como la Historia de la Iglesia, Volumen I, vemos varias ocasiones en las que la gente se llena del Espíritu.

Voy a comenzar con una que vimos esta mañana: Hechos, capítulo 2, el día de Pentecostés.

Porque hay cinco ocasiones diferentes en el libro de los Hechos donde la gente se llena del Espíritu.

No sé si se identificarán con alguna de estas categorías, pero sospecho que la mayoría de los que estamos aquí encajamos en alguna de estas cinco categorías.

La primera categoría es ésta: aquellos que están anhelando llenarse —como Nigel Skelsey, de quien hablé esta mañana—.

He aquí un grupo el día de Pentecostés que anhelaba llenarse. Y esto fue lo que sucedió:

Hechos
Capítulo 2
Versículos 2-4

De repente, un ruido como el de una violenta ráfaga de viento vino del cielo y llenó toda la casa donde estaban reunidos.

Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno.

Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu las concedía.

De repente, un ruido como el de una violenta ráfaga de viento vino del cielo y llenó toda la casa donde estaban reunidos. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno.

Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu las concedía.

Este grupo anhelaba llenarse del Espíritu —había esperado, orado— y ocurrió: el Espíritu vino sobre todos ellos.

Así que si estás en esta categoría, si anhelas llenarte, te llenarás.

El segundo grupo es el de los receptivos.

No lo anhelaban, pero estaban receptivos.

¿Pueden buscar Hechos, capítulo 8, versículo 14?

Era un grupo de samaritanos.

Hechos

Capítulo 8

Versículos 14–23

Cuando los apóstoles, en Jerusalén, se enteraron de que en Samaria habían aceptado la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan allí.

Al llegar, oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo, porque el Espíritu aún no había descendido sobre ninguno de ellos; solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús.

Entonces Pedro y Juan les impusieron las manos, y ellos recibieron el Espíritu Santo.

Al ver Simón que el Espíritu se daba por la imposición de manos de los apóstoles, les ofreció dinero

Y les pidió: «Denme también ese poder, para que todos a quienes yo les imponga las manos reciban el Espíritu Santo».

Pedro contestó: «¡Que tu dinero perezca contigo. Porque intentaste comprar el don de Dios con dinero!

No tienes arte ni parte en este asunto, porque no eres íntegro delante de Dios.

Arrepiéntete de tu maldad y ruega al Señor. Tal vez te perdone el haber tenido esa mala intención.

Veo que estás lleno de amargura y encadenado al pecado».

Cuando los apóstoles, en Jerusalén, se enteraron de que en Samaria habían aceptado la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan allí.

Al llegar, oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo, porque el Espíritu aún no había descendido sobre ninguno de ellos; solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús.

Entonces Pedro y Juan les impusieron las manos, y ellos recibieron el Espíritu Santo.

Algo asombroso debió de ocurrir, porque continúa:

Al ver Simón [que era mago] que el Espíritu se daba por la imposición de manos de los apóstoles, les ofreció dinero.

Dijo: «¡Vaya! ¡Es genial! ¡Me encantaría hacer eso!

¿Cuánto cuesta poder hacer eso?

¡Quiero comprarlo!».

Y les pidió: «Denme también ese poder, para que todos a quienes yo les imponga las manos reciban el Espíritu Santo».

Pedro contestó: «¡Que tu dinero perezca contigo. Porque intentaste comprar el don de Dios con dinero!

No tienes arte ni parte en este asunto, porque no eres íntegro delante de Dios.

Arrepiéntete de tu maldad y ruega al Señor.

Tal vez te perdone el haber tenido esa mala intención.

Veo que estás lleno de amargura y encadenado al pecado».

¡No es buena idea ofrecer dinero por este ministerio particular!

Pero algo asombroso debió de ocurrir para que él quisiera hacerlo.

Éste es el segundo grupo: eran receptivos, y recibieron el Espíritu Santo.

Tercero —y tal vez haya alguien de esta categoría hoy aquí—: el hostil.

El hombre que se convirtió en el Apóstol Pablo fue en un principio hostil.

¿Quieren buscar Hechos, capítulo 8, versículo 1?

Cuando mataron a Esteban, el primer mártir:

Hechos

Capítulo 8

Versículo 1.3

Saulo estaba allí, aprobando la muerte de Esteban.

Saulo causaba estragos en la iglesia: iba de casa en casa, arrastraba a hombres y mujeres y los metía en la cárcel.

Saulo estaba allí —ése era el otro nombre de Pablo, Saulo—; estaba aprobando la muerte de Esteban.

Versículo 3: Saulo causaba estragos en la iglesia: iba de casa en casa, arrastraba a hombres y mujeres y los metía en la cárcel.

Capítulo 9, versículo 1 —más adelante—:

Hechos

Capítulo 9

Versículo 1–2

Mientras tanto, Saulo, respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote **y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco. Tenía la intención de encontrar a los que fueran del Camino, tanto hombres como mujeres, y llevarlos presos a Jerusalén.**

Mientras tanto, Saulo, respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor,

se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco.

Tenía la intención de encontrar a los que fueran del Camino [así es como llamaban a los cristianos: «gente del Camino» —Jesús dijo: «Yo soy el camino»—], tanto hombres como mujeres, y llevarlos presos a Jerusalén.

No se puede encontrar a nadie más hostil que Saulo en esa etapa de su vida.

Ya conocen el resto: cómo iba de camino a Damasco y se encontró con Jesús.

Aquí tenemos a alguien totalmente hostil que se encontró con Jesús, se llenó del Espíritu y fue de un lado a otro diciendo a la gente: «¡Jesús está vivo!

¡Jesus es el Hijo de Dios!».

Totalmente transformado al llenarse del Espíritu.

Eso me recuerda a Robert Taylor, un hombre de 41 años.

Él era un próspero empresario, aunque sin éxito en su matrimonio.

De hecho, había dejado a su esposa y a sus dos hijos pequeños.

Era ateo hasta la médula.

Sólo había ido a la iglesia cuatro veces en su vida: ¡fue a su propia boda, a la boda de su hermano, y a dos funerales!

¡Cuatro veces en 41 años!

Una vez, en una operación comercial, un hombre le dijo: «Robert, ¿has pensado en tomar el Curso Alpha en Holy Trinity Brompton?».

Él respondió: «No, jamás haría eso; soy ateo».

Después de algunas semanas, en otra operación comercial, otro hombre le dijo: «Robert, ¿has pensado en tomar el Curso Alpha en Holy Trinity Brompton?».

Y él pensó: «¡Eso mismo me dijo el otro!

Quizá deba ir y probar».

Así que vino, y la primera noche, decidió dejar bien claro, ante los de su grupo pequeño, que

eso no le interesaba lo más mínimo.

Éste fue su primer comentario la primera noche:

Dijo: «¡Miren! ¡Casi me muero de cáncer cuando tenía treinta años!

La vida para mí es muy difícil y nada divertida.

En lo que a mí respecta, ¡la vida eterna es lo que menos deseo!».

Y concluyó: «En realidad no veo qué me puede aportar el cristianismo».

¡Eso cayó como un jarro de agua fría en el grupo!

Bruce, que dirigía el grupo, dijo: «Mmm, ¡qué punto de vista tan interesante!».

Y el curso continuó, y él vino al fin de semana —que fue aquí—.

Lo recuerdo muy bien.

El sábado en la noche entregó su vida a Cristo.

Y se llenó del Espíritu Santo.

Dijo que se sentía radiante —los miembros de su grupo dijeron que no hizo más que sonreír el resto del fin de semana—.

Y cuando acabó el fin de semana, fue a ver a su esposa —la que había dejado— para contarle lo que le había pasado.

Y ella dijo: «Oh, no, Robert, ya estás otra vez con otra de tus locuras!

Primero fue el golf, luego el tenis, luego el buceo, y ahora sales con esto.

Se te pasará pronto».

Él estaba decidido a mostrarle que esta vez era diferente.

Y ella dijo: «Mira, Robert, si realmente has cambiado, regresa a vivir con nosotros».

Y lo hizo.

Regresó a vivir con su familia.

Y a los hijos suyos —Samuel, es el nombre de uno de ellos— les pareció completamente fantástico.

El niño estaba tan emocionado que tomó una Biblia, empezó a leerla y se encontró con Primera y Segunda de Samuel.

Y dijo: «Papá, ¡Qué gran libro! ¡Salgo en él, no una vez, sino dos!».

La vida de Robert cambió radicalmente.

Así que le dije al final del curso: «Robert, ¿podrías dirigir un grupo pequeño en el siguiente curso?».

Me dijo: «¿Yo? ¿Dirigir un grupo en Alpha?».

Dijo: «¡He sido ateo 41 años y sólo he sido cristiano tres semanas!

¿Cómo voy a dirigir un grupo?».

«De veras —dije— quiero que dirijas un grupo».

Respondió: «Está bien; si tú quieres, lo haré».

Nunca olvidaré la segunda semana de ese curso.

Fui a la librería, ¡y allí estaba Robert con una pila de libros así de grande!

Le dije: «Robert, ¿qué haces con todos esos libros?».

Me dijo: «Bueno, es que la semana pasada me hicieron un montón de preguntas.

Y no sabía de qué estaban hablando. ¡No supe responder a nada!

Así que vine a la librería y compré un montón de libros, y regresé a casa y esa noche estudié hasta las tres de la mañana».

Luego dijo: «Hice eso todas las noches de la semana.

El problema es que las preguntas que me hicieron esta semana son bien diferentes; ¡por eso he de informarme más!».

Había ido de ser hostil y ahora anunciaba a Jesús como Hijo de Dios.

Ése es el cambio que ocurre al llenarnos del Espíritu.

Cuarto grupo: los no-informados.

Puede ser que haya alguien aquí hoy que diga: «En cierto modo yo creía, me he considerado cristiano mucho tiempo.

Fui bautizado y, quizá, hasta confirmado, y voy a la iglesia de vez en cuando o incluso a menudo.

Pero nunca me han hablado mucho del Espíritu Santo».

También había un grupo así. Hechos, capítulo 19, versículos 1 al 6.

Hechos

Capítulo 19

Versículos 1–6

Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo recorrió las regiones del interior y llegó a Éfeso. Allí encontró a algunos discípulos y les preguntó:

—¿Recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron?

Respondieron:

—No, ni siquiera hemos oído hablar del Espíritu Santo.

—Entonces, ¿qué bautismo recibieron?

—El bautismo de Juan —respondieron.

Pablo dijo:

—El bautismo de Juan era de arrepentimiento. Él le decía al pueblo que creyera en el que venía después de él, o sea, en Jesús.

Al oír esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.

Cuando Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo vino sobre ellos, y empezaron a hablar en lenguas y a profetizar.

Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo recorrió las regiones del interior y llegó a Éfeso.

Allí encontró a algunos discípulos y les preguntó:

—¿Recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron?

Respondieron:

—No, ni siquiera hemos oído hablar del Espíritu Santo.

—Entonces, ¿qué bautismo recibieron?

—El bautismo de Juan —respondieron.

Pablo dijo:

—El bautismo de Juan era de arrepentimiento. Él le decía al pueblo que creyera en el que venía después de él, o sea, en Jesús.

Al oír esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.

Cuando Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo vino sobre ellos, y empezaron a hablar en lenguas y a profetizar.

Quinta categoría: los improbables.

¿Quieren retroceder un poco hasta Hechos, capítulo 10?

Voy a detenerme un poco más en este pasaje.

Quizá alguno de ustedes diga: «Bueno, no creo que eso me pueda pasar a mí, no soy una persona religiosa».

En el mundo antiguo había gente religiosa, los judíos, y gente que no era religiosa, los gentiles.

En los inicios del cristianismo, tan sólo los religiosos se hicieron cristianos.

Los primeros cristianos eran todos judíos.

De hecho, les costó bastante aceptar que alguien que no era judío pudiera hacerse cristiano.

Pero ocurrió lo siguiente

Sucedió que Cornelio —que era gentil, no era judío— recibió un mensaje muy claro de Dios en una visión; y al mismo tiempo, Pedro recibió otro mensaje muy claro de Dios.

Como resultado, Pedro acabó predicando la buena nueva de Jesús en la casa de Cornelio.

Y mientras predicaba, esto es lo que pasó —Hechos, capítulo 10, versículo 44—:

Hechos

Capítulo 10

Versículos 44–47

Mientras Pedro estaba todavía hablando, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que oían el mensaje.

Los defensores de la circuncisión que habían llegado con Pedro se asombraron de que el don del Espíritu Santo se hubiera derramado también sobre los gentiles, pues los oían hablar en lenguas y alabar a Dios. Entonces Pedro respondió:

«¿Acaso puede alguien negar el agua para que sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?».

Mientras Pedro estaba todavía hablando, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que oían el mensaje.

Los defensores de la circuncisión [los judíos] que habían llegado con Pedro se asombraron de que el don del Espíritu Santo se hubiera derramado también sobre los gentiles [los no judíos], pues los oían hablar en lenguas y alabar a Dios.

Entonces Pedro respondió:

«¿Acaso puede alguien negar el agua para que sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?».

1. EXPERIMENTARON EL PODER DEL ESPÍRITU SANTO

¿Qué sucedió en esa ocasión?

Esto es lo primero: experimentaron el poder del Espíritu Santo.

No sabemos exactamente lo que pasó, pero Pedro dice: «Han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros».

Probablemente les pasó algo muy parecido a lo que sucedió el día de Pentecostés, cuando Pedro y los demás recibieron el Espíritu Santo.

Debió de ser algo asombroso, porque Pedro estaba predicando...

y tuvo que dejar de predicar.

Tuvo que ser algo extraordinario.

Porque si conocen a algún predicador, ¡sabrán que es muy difícil hacer que dejen de predicar!
Algo sucedió.

El relato del día de Pentecostés lo describe como una fuerte tormenta tropical.

Es como la palabra que vimos esta mañana: el *ruaj*; el viento de Dios vino y llenó el lugar.

Oyeron un vendaval.

Y a veces, cuando el Espíritu de Dios viene, se manifiesta físicamente.

A veces, literalmente, es como si hubiera un vendaval en el cuarto.

A veces es más fácil para las personas no quedarse de pie, sino tumbarse.

A veces las personas respiran profundamente, como si inhalaran el Espíritu de Dios.

Además, en el día de Pentecostés «se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos».

Y el fuego en la Biblia significa...

Claro, el fuego es muy poderoso.

Es también algo que purifica.

Y hace que las cosas ardan.

Si toman, por ejemplo, madera húmeda y la arrojan al fuego, se oye un chisporroteo mientras desaparece la humedad.

Eso es como la purificación.

Hasta que finalmente la madera empieza a arder.

Cuando el fuego de Dios llega a una persona —Jesús dijo que bautizaría a la gente con Espíritu Santo y con fuego— es como si se encendiera.

A veces esto se puede sentir físicamente.

He notado que a menudo la gente dice que siente calor.

Algunas veces la gente dice sentir calor «en las manos».

Alguien dijo: «Estaba al rojo vivo» y otra afirmó: «Sentí como un calor líquido en mis brazos, pero no tenía calor».

No estoy insinuando que ahora estas cosas tengan que ocurrir necesariamente.

El equilibrio aquí es difícil —es como caminar en la cuerda floja—.

Porque al hablar de las manifestaciones del Espíritu, las manifestaciones físicas que pueden ocurrir, más de una vez me han dicho: «Esto es autosugestión».

Estás insinuando que eso va a suceder y por eso sucede».

Así que en la siguiente ocasión, no lo mencioné en absoluto.

Pero sucedió.

Y la gente me dijo: «¿Por qué no nos hablaste de esto?»

¡Nos desconcertó a todos!

Ojalá nos hubieras dicho que podía ocurrir, porque no sabíamos lo que estaba pasando».

Lo que quiero decir es...

No estoy insinuando que vaya a pasar; lo único que estoy diciendo es que si sucede, es perfectamente normal.

Sólo es una pequeña manifestación física de algo que es muy importante.

Pero lo importante es ese algo y no las manifestaciones que puedan acompañarlo. Así que no importa realmente si tienes manifestaciones físicas.

Lo que importa es lo que sucede en el corazón.

Algunos las tienen, otros no.

Es como enamorarse.

Cada uno lo vive a su manera.

Algunos, al enamorarse son... ¡británicos y no sienten nada!

Otros, al enamorarse, sienten cosquilleos en la columna y ¡su corazón empieza a dar vuelcos!

Pero las manifestaciones no son lo importante; lo importante es enamorarse.

Sería absurdo, ¿no creen?, decir: «¡Ah! ¡Miren, cuando conocí a esa persona sentí cosquilleos en la columna y mi corazón dio un vuelco!

Me pregunto si hay algún libro sobre vuelcos en el corazón o cosquilleos en la columna.

¡Querría ir a un curso sobre cosquilleos en la columna para poder sentirlos más a menudo!»!

Nadie lo haría; diríamos: «Quiero profundizar en esa relación».

Y las manifestaciones del Espíritu son sencillamente manifestaciones de amor.

Porque la acción suprema del Espíritu, como vimos esta mañana, es derramar el amor de Dios en nuestros corazones —hacer que sintamos el amor que Dios nos tiene—.

Romanos 5,5: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado».

Todos necesitamos experimentar amor.

He oído hablar de una pareja que llevaba casada cincuenta años.

Iban a celebrar sus bodas de oro.

Era una pareja muy singular porque se habían pasado todo su matrimonio discutiendo.

¡De veras!: desde el mismo día de su boda no hicieron más que discutir día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año.

Al acercarse la celebración de sus bodas de oro, la familia se preguntó: «¿Qué podemos regalarles en la... celebración de sus bodas de oro?»

Y decidieron que lo mejor que podían regalarles a esta pareja era una consulta con un psiquiatra de renombre, con todos los gastos pagados.

¡La pareja discutió si aceptarlo o no!

Discutieron todo el camino, y al entrar al consultorio del psiquiatra, seguían discutiendo.

El psiquiatra les hizo una pregunta e inmediatamente volvieron a discutir.

Hasta que el psiquiatra les dijo: «¡Alto! Miren, voy a hacer algo que nunca he hecho en toda mi trayectoria profesional».

Salió de detrás del escritorio, se acercó a la pareja, ¡y tomando a la ancianita en sus brazos la besó en los labios durante un largo rato!

Y luego le dijo al hombre: «Esto es lo que esta mujer necesita —tres veces a la semana—».

El hombre se rascó la cabeza y dijo: «Muy bien doctor, si usted lo dice, ¡la traeré los lunes, miércoles y viernes!».

Lo que el doctor trataba de decir era: «Esta mujer necesita experimentar amor.

Es la necesidad humana más profunda».

Y ésta es la experiencia del Espíritu.

¿Quieren dejar una marca en Hechos, capítulo 10, y buscar Efesios, capítulo 3, versículo 14?

Esto es lo que el Apóstol Pablo pide para los cristianos de Éfeso y, seguramente, lo que pediría para nosotros esta noche.

Efesios

Capítulo 3

Versículo 14–19

Por esta razón me arrodillo delante del Padre, de quien recibe nombre toda familia en el cielo y en la tierra.

Le pido que, por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser, para que por fe Cristo habite en sus corazones. Y pido que, arraigados y cimentados en amor, puedan comprender, junto con todos los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo; que conozcan ese amor que sobrepasa el conocimiento, para que queden llenos de la plenitud de Dios.

Por esta razón me arrodillo delante del Padre, de quien recibe nombre toda familia en el cielo y en la tierra.

Le pido que, por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser, para que por fe Cristo habite en sus corazones.

Y pido que, arraigados y cimentados en amor, puedan comprender, junto con todos los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo; que conozcan ese amor que sobrepasa el conocimiento, para que queden llenos de la plenitud de Dios».

Él pide que puedan conocer el amor de Cristo, ¡cuán ancho es!

Supongo que aquí hay personas de todos los continentes.

El amor de Cristo llega a todas las tribus, naciones y a todos los lugares del mundo.

¡Cuán largo es!: cubre toda nuestra vida.

¡Cuán profundo es!: realmente no importa cuánto... A veces sentimos que metimos la pata.

Sentimos que arruinamos nuestra propia vida.

No importa hasta dónde hayamos caído; el amor de Cristo puede alcanzarnos allá abajo.

¡Y luego cuán alto es!: nos puede elevar hasta lo más alto, a ser príncipes o princesas, hijos e hijas de Dios.

Si juntamos esas cuatro cosas —«cuán ancho y largo, alto y profundo»— obtenemos la forma de la cruz.

Y ésa es la expresión suprema del amor que Dios nos tiene: porque vino en la persona de su Hijo para morir por ti y por mí.

Pablo pide que comprendamos eso, que entendamos la cruz, el amor de Cristo.

Y luego continúa y pide algo más: «Que conozcan este amor que sobrepasa el conocimiento».

Es decir, no es posible entender ese amor intelectualmente; hay que experimentarlo en el corazón.

Y eso es lo que hace el Espíritu Santo: nos permite experimentar el amor que Dios nos tiene.

Por eso es que Pablo concluye: «Para que queden llenos de la plenitud de Dios».

Saber que Jesús te ama. a ti

Eso es lo primero.

Experimentaron el poder del Espíritu Santo.

2. FUERON LIBERADOS PARA ALABAR

Segundo, fueron liberados para alabar —regresemos a Hechos, capítulo 10, versículo 46—:

Hechos
Capítulo 10
Versículo 46

Los oían hablar en lenguas y alabar a Dios.

Los oían hablar en lenguas y alabar a Dios.

La alabanza espontánea es el lenguaje de quienes están entusiasmados, encantados con su relación con Dios.

San Agustín, probablemente el mayor teólogo de la iglesia cristiana, dijo esto respecto a Dios: «Pensar en ti —pensar en Dios— conmueve tan profundamente, que sólo alabándote estamos satisfechos.

Porque nos hiciste para ti, y nuestro corazón anda inquieto, hasta que descansa en ti».

Algo que hace la alabanza, como la que acabamos de hacer juntos —cantar a Dios en alabanza—, es unir muchas voces diferentes en un solo acto de alabanza y adoración.

Y este tipo de respuesta implica todo nuestro ser —no sólo la mente, sino el corazón, la voluntad y las emociones—.

A veces la gente vacila un poco respecto a las emociones.

Dicen: «¿Es correcto expresar emociones en la iglesia?

¿No se podría caer en el sentimentalismo?».

Creo que, de nuevo, vale la pena analizar este aspecto.

Para ser sincero, creo que le tengo miedo al sentimentalismo.

Yo soy británico, y, y se me educó así: me enseñaron a contener las emociones desde que era pequeño. Por ejemplo, si los labios me empezaban a temblar, era indicio de que iba a expresar algún sentimiento y tenía que ponerlos rígidos —ser duro—.

Y aún hoy me cuesta mucho expresar emociones en cualquier situación, como en la alabanza.

Hay algunas personas que responden fácilmente al Espíritu; yo no.

Creo que no soy fácil cuando alguien ora por mí.

¡Pero me parece que eso es porque soy británico!

Y Jesús, como saben, ¡no era británico!

¡Algo que puede sorprender a algunos!

Pero no lo era.

Y la cultura hebrea era mucho más abierta a las emociones.

Hace algunos días mi hija regresó de su año sabático —pasó cinco meses viajando alrededor del mundo—.

Y ella viajó con dos de sus amigos de la infancia —uno de ellos era mi ahijado y el otro era el hermano de mi ahijada—. Crecieron juntos toda su vida y se fueron de viaje cinco meses los tres juntos.

Y a su regreso fuimos a buscarlos al aeropuerto. Todas las familias se habían reunido y tenían pancartas que habían preparados ¡y hasta se habían llevado tambores para darles la bienvenida!

Allí estábamos.

Fue muy emocionante porque cuando el avión llegó, vimos salir a los pasajeros del avión en el que venían, pero a ellos no.

Varias veces creí verla.

Y dije: «¡Allí está, allí, es ella!». ¡Pero resultaba ser alguien totalmente diferente!

¡La emoción iba en aumento!

Luego vimos a tres personas salir.

Uno de ellos, mi ahijado, se había vestido como... ¿Johnny Depp en Piratas del Caribe?, pues igual.

Y el otro se había vestido como David Beckham antes de que se cortara el pelo, y traía un traje de seda.

¡Creo que el retraso fue porque habían ido a cambiarse para la llegada!

Así fue como salieron: mi hija en medio con un muchacho a cada lado.

Y cuando cruzaron la puerta, ¡la emoción era increíble!

¡Unos gritos! La policía casi nos arresta porque decía que había una pancarta que tapaba una cámara de seguridad.

No les dimos simplemente la mano y les dijimos: «¡Qué bueno volver a verles!».

Los abrazamos, y yo lloré —lloré cuando se fue, y lloré cuando regresó—.

¡Ella creyó que estuve llorando los cinco meses!

Casi..., pero tampoco fue para tanto.

Lo cierto es que había mucha emoción.

Porque si quieres a alguien, lo expresas con emoción.

Algunos dicen: «Sí, ¡pero no en la iglesia! ¡Eso es diferente! Ahí no es apropiado.

Es un lugar público; deberíamos ser más reservados».

Creo que debemos ser coherentes, porque...

A veces, ¡hasta los británicos expresamos emociones en público!

Digo esto porque soy aficionado al críquet, y aunque ha cambiado algo, cuando yo iba a verlo,

no era nada emocional.

Recuerdo cuando Inglaterra ganó el torneo de críquet Ashes, en el 68 y... —¡hace mucho, sí!— y... y Colin Cowdray era el capitán inglés.

Había que eliminar a cinco bateadores en media hora.

Y fue un momento de gran tensión, porque había llovido mucho en la tarde, y toda la gente tuvo que ayudar a botar el agua del campo para poder eliminar a los cinco bateadores rivales.

El famoso Inverarity debía ser eliminado.

Cuando sólo quedaban dos minutos, Underwood lo eliminó, e Inglaterra ganó el Ashes.

Colin Cowdray, el capitán inglés, desde su posición hizo: {APLAUSO MODERADO} «Bien jugado» ¡y todos se fueron!

¡El fútbol es ligeramente diferente!

He visto algo de fútbol esta semana, y vi a algunas personas que supongo eran británicos

Llevaban los colores de Inglaterra y estaban todos juntos; cantaban, gritaban y... «¡tenían los brazos levantados! ¡Qué mal gusto! ¡En público! ¡Puro sentimentalismo

¡Sin control! ¡Vergonzoso!

No, está bien, es fútbol.

¡Y el fútbol es realmente importante!

¡Está bien ser emotivo con el fútbol!

¿Y con Dios?

Bueno, eso es muy diferente».

Cuthbert Bardsley, antiguo obispo de Coventry, dijo: «El peligro de la iglesia anglicana no es el sentimentalismo delirante».

El peligro es que somos un tanto fríos y necesitamos ser coherentes.

Si somos de los que se emocionan —en *rugby*, fútbol o en las amistades—, también deberíamos expresarnos libremente en nuestra relación con Dios.

Con todo nuestro ser: ¡emociones, mente, corazón y cuerpo!

¿Saben que la forma más antigua de alabanza y oración era con los brazos levantados?

El Nuevo Testamento, la carta a Timoteo, habla de levantar los brazos en oración.

De hecho, también la alabanza judía se hacía con los brazos levantados.

Toda alabanza antigua, toda oración, era con los brazos levantados.

Así se oraba normalmente.

Si entras en una iglesia y ves a todos con los brazos levantados, puedes decir: «¡Ésta es en una iglesia muy tradicional que alaba como en el siglo primero!».

Si vas a otra iglesia donde tienen los brazos bajados, está bien.

Sólo di: «¡Ésta es una iglesia... moderna, a la moda, con nuevas formas de alabanza!».

Lo importante es expresarse con libertad.

¡No hay que ir tan lejos como los americanos!

Por favor no me malinterpreten —queremos a los americanos, sobre todo a los que nos ven desde Estados Unidos, ¡los queremos!—.

Y esto no es aplicable a todos los americanos.

¿Hay algún americano este fin de semana?

¡Ah, bastantes!

Ciertamente, esto no se aplica a los americanos de la costa este...

¿Hay algún americano de la costa oeste?

¡Ah, vaya, sólo uno!

¡Bueno, esto sólo es aplicable a una pequeña zona de la costa oeste!

Sólo a la parte sur —Sur de California—.

¿Eres del sur de Califor...? ¿De veras?

Esto se aplica sólo a una pequeña zona del sur de California llamada Van Nuys.

¿Eres de Van Nuys?

¿Cerca?, ¡vaya!

Bueno, esto es como un microclima, sólo se aplica a la región exacta de Van Nuys.
Porque encontré un anuncio auténtico en una revista religiosa americana.

Era de un desodorante llamado Fuego.

Y ¡de veras!, fue publicado en una revista religiosa americana.

Sale una foto del desodorante con el título: «Fuego, el *roll-on* santo».

Y se ve la foto de un hombre con barba y con los brazos levantados.

Y dice: «Roger Van Norton de la Capilla El Calvario, Van Nuys, California (sólo en Van Nuys; especifica que no vive en ninguna otra parte, sino en Van Nuys!) dice: “Siempre temía levantar los brazos en la iglesia por miedo a que mi vecino no fuera tan bendecido como yo.

Se podría decir que el espíritu estaba dispuesto, pero que la carne era..., olía... ¡fuerte!

¡Hey!, ¡pero ahora uso Fuego y aguanto todo el servicio sin problema!”.

Atención pastores: clero de todo el país ha confirmado un aumento notable en la asistencia desde que sus congregaciones usan Fuego, el *roll-on* santo.

Entre paréntesis: (hay soportes para bancas y descuentos especiales)».

Y añade: «El desodorante extra fuerte para el creyente extra activo».

¡Así que no tenemos que ir tan lejos!

Mil gracias a los americanos.

¡Nos han enseñado tanto y estamos muy... todo eso!

Por favor, no me malinterpreten: ¡los queremos! ¡De veras!

Muchos de mis mejores amigos son americanos —¡es cierto!—.

¡Es cierto, absolutamente cierto!

Hemos aprendido tanto de ellos, los queremos; me encanta ir allá, ¡y ojalá me inviten de nuevo!

3. RECIBIERON UNA NUEVA LENGUA

Además, recibieron una nueva lengua —¡voy a ir más aprisa!—.

Recibieron una nueva lengua.

Volvamos al versículo 46:

«Los oían hablar en lenguas...».

Ya vimos esto en Hechos, capítulo 2 en el día de Pentecostés, así como en Hechos 19.

Voy a ser claro respecto al don de hablar en otra lengua, hablar en lenguas.

Primero, no todos los cristianos hablan en lenguas.

No es la señal de ser cristiano.

Tampoco es la señal de estar lleno del Espíritu —uno puede estar lleno del Espíritu y no hablar en lenguas—.

No hay tal cosa como «cristianos de primera clase que hablan en lenguas y cristianos de segunda que no lo hacen».

No es el don más importante —San Pablo a menudo lo ubica al final—.

En la lista que vimos esta mañana, San Pablo lo pone al final de la lista.

A veces nos preguntan: «¿Y por qué hablan de ello en Alpha?».

La razón es que hemos visto, tanto en el Nuevo Testamento como en nuestra experiencia, que este don es a menudo el primero de entre los dones sobrenaturales más claros.

¿En qué consiste este don?

Busquen Primera Corintios, capítulo 13.

Este pasaje se lee a menudo en las bodas, pero no sé si la gente se fija en este versículo inicial:

1 Corintios
Capítulo 13
Versículo 1

Si hablo en lenguas humanas y angelicales, pero no tengo amor, no soy más que un metal que suena o un platillo que retiñe.

«Si hablo en lenguas humanas y angelicales, pero no tengo amor, no soy más que un metal que suena o un platillo que retiñe».

Pablo se refiere a dos tipos de lenguas: primero, humanas —hablar en lenguas usando un idioma humano—; y segundo, un lenguaje angelical.

A veces, la gente recibe el don de lenguas en una forma que se reconoce como un idioma humano; ocurrió la semana pasada:

Una persona estaba orando por otra en lo que resultó ser árabe.

Pero a menudo, es un lenguaje angelical, que no somos capaces de reconocer.

Entonces, ¿qué es exactamente? Primera Corintios 14,2.

«Porque el que habla en lenguas no habla a los demás sino a Dios».

¿Y hablar con Dios es...?

Oración, sí.

Así que es una forma de oración.

Es una forma de oración que trasciende las limitaciones del lenguaje.

Incluso en la comunicación humana a veces nos atascamos, al menos yo.

A veces, trato de comunicar algo a alguien y pienso: «No encuentro las palabras para expresar lo que quiero decir».

Somos limitados.

Aunque sepamos mucho... hasta Churchill, que quizá tenía el vocabulario inglés más amplio de la historia reciente, tenía limitaciones.

Todos estamos limitados por el lenguaje, porque éste es el proceso que seguimos: sentimos algo, pensamos algo y queremos decirlo, y tenemos que ponerlo en un lenguaje que la otra persona entienda.

Tenemos que hacer eso para darnos a entender.

Pero no con Dios.

Ésa es una forma de comunicarse con Dios, pero Dios puede darnos otra: que es liberarnos de las limitaciones del lenguaje humano.

El versículo 14 dice: «Si oro en lenguas, mi espíritu ora, pero mi entendimiento no se beneficia».

En otras palabras, no hay que pasar por el proceso de ponerlo en un lenguaje humano reconocible.

El que habla tiene el control: puede empezar y parar cuando quiera.

¿En qué ayuda esto?

El versículo 4 dice que una persona que habla en lenguas se edifica a sí misma, se fortalece.

Es de gran ayuda en la alabanza y adoración.

Cuando alabamos y adoramos a Dios, a veces nos quedamos sin palabras, como cuando alabamos o damos gracias a alguien en una carta de agradecimiento, por ejemplo: «Querida tía Edna: Gracias por los bonitos calcetines que me mandaste en Navidad.

Pasamos unas bonitas vacaciones...». ¡Oh, no! ¡Ya hay dos «bonitos»!

Fuera un «bonito»... «Fantástico, maravilloso, brillante, asombroso, chévere, súper»...

Diez segundos y se nos acaban.

Dios puede darnos un idioma para alabarlo, libre de limitaciones.

En momentos de presión, cuando los problemas nos abruman, suele ser muy difícil orar.

Recuerdo cuando alguien vino a decirme que mi mamá había tenido un infarto, y de hecho fue el infarto del que murió, pero no lo sabía entonces.

Tomé un taxi para ir al hospital.

Y en el taxi, simplemente no sabía cómo orar.

Nunca me he sentido tan agradecido por el don de lenguas, por poder desahogarme ante Dios en ese momento.

También nos ayuda a orar por otros; no es egoísta. A veces es difícil orar por otros, sobre todo cuando no los vemos, y Dios nos da este don para orar.

¿Lo aprueba el Nuevo Testamento?

El contexto de Primera Corintios 14 es el uso excesivo en público.

Pablo nos dice en Primera Corintios 13 que el amor es lo más importante, y que cada don debe ejercitarse en amor.

En Primera Corintios 14 nos dice que no usemos el don constantemente en los servicios religiosos.

Es decir, esas personas estaban tan entusiasmadas con el don de lenguas que en vez de hablar en un idioma entendible, alguien se paraba y hablaba en lenguas.

Y él dice: «¡Es inútil!

Es mejor decir cinco palabras inteligibles que la gente entienda, que diez mil palabras en

lenguas».

Pero dijo: «No, no lo prohíban.

En público debe haber interpretación».

No es una traducción, sino que alguien debe decir: «Esto es lo que creo que esa persona está diciendo en ese mensaje».

En privado, sí que alienta su uso.

De hecho, dice: «Hablo en lenguas más que todos ustedes».

Cantar en lenguas, algo que haremos más tarde, es diferente.

Pablo dice: «Oraré con mi espíritu y cantaré con mi espíritu».

Cantar en lenguas...

Mientras que orar en voz alta en lenguas es normalmente una actividad privada que debe hacerse a solas, cantar en lenguas es una actividad conjunta que nos incluye a todos.

Tenemos que escucharnos mutuamente cuando cantamos y el resultado suele ser muy, muy hermoso, cuando alabamos juntos a Dios desde nuestro corazón.

¿Cómo recibimos este don?

Lo recibimos como cualquier otro don: pidiendo.

Porque, en verdad, hemos recibido al Dador y eso es lo importante: el Espíritu Santo.

Él tiene todos los dones.

Y no todos hablan en lenguas, pero Pablo dice: «Quisiera que todos ustedes hablaran en lenguas» —versículo 5—:

«La profecía es más importante, pero quisiera que todos hablaran en lenguas».

Está disponible.

No significa que todos han de hablar en lenguas.

Pero hay que pedirselo a Dios y luego cooperar.

La única manera de recibir este don es empezando a hablar.

La primera vez que lo pedí, cerré la boca con fuerza.

Y pensé: «No lo recibí».

Pero alguien me explicó que tenía que empezar a hablar en un idioma que no conociera y entonces las palabras empezaron a fluir.

¿Quieres quedar lleno del Espíritu Santo?

Puedes quedar lleno del Espíritu y no hablar en lenguas.

Abran sus biblias en Lucas 11, versículo 9.

Yo creo que hay tres barreras que nos impiden recibir.

La primera es la duda: «Si pido, ¿recibiré?».

Jesús dice en Lucas 11, versículo 9:

Lucas

Capítulo 11

Versículos 9–10

«Yo les digo: Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá la puerta.

Porque todo el que pide, recibe; todo el que busca, encuentra; y a todo el que llama, se le abre».

«Yo les digo: Pidan, y se les dará».

Y nos imaginamos a los discípulos «Mmm...» muy poco convencidos.

Y Jesús dice por segunda vez: «Busquen, y encontrarán»; ¡No les convence!

«Llamen, y se les abrirá la puerta».

Parecen seguir dudando: «Mmm..., ¿seguro?».

Quizá si otros lo piden; ¿pero yo?, no creo.

Jesús continúa:

«Porque todo el que pide, recibe»;ese todo te incluye a ti.

«Todo el que pide, recibe, todo el que busca, encuentra; y a todo el que llama, se le abre».

Ésa es la primera barrera, la duda.

La segunda barrera es el miedo.

Los discípulos dirían: «Mmm..., okay, ¡convencido!, si pido, recibiré».

Pero, ¡auxilio!, ¿quiero recibir?

¿Y si me ocurre algo terrible?

Y Jesús dice: «Algunos de ustedes son padres.

Supongamos que tu hijo se te acerca a la hora de comer y le preguntas: “¿Qué quieres para comer?”. Y tu hijo dice: “¡Ah!, pescado con papas”.

Y le dices: “Bien, hay un puesto de comida allí, a mano izquierda.

Ahora mismo bajo y te compro un poco”.

Y en vez de ir al puesto de comida, entras en una tienda de mascotas y compras una serpiente.

Regresas y le dices a tu hijo: “¿No querías pescado con papas? ¡Aquí tienes!”. Y le das la serpiente».

Lucas

Capítulo 11

Versículos 11–13

«¿Quién de ustedes, padres, si su hijo le pide un pescado, le dará en cambio una serpiente?

¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?

Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!».

Jesús dijo: «¿Quién de ustedes, padres, si su hijo le pide un pescado [¡olvidó mencionar las papas!], le dará en cambio una serpiente?

¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?

Pues si ustedes, aun siendo malos [dice: “¡ustedes son un tanto malvados!”], saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!».

No te va a dar algo espantoso; ¡te va a dar el Espíritu Santo!

La tercera barrera es la indignidad.

Quizá les pase como a mí; a menudo sentía que no era digno,

porque los demás no sabían cómo era en realidad.

Así que pensaba: «Bueno, si pido, no voy a recibir, porque Dios sabe cómo soy y sabe que no lo merezco.

Puedo entender que las personas “santas” —el clero y los que han sido cristianos mucho tiempo— puedan recibirlo, pero no creo que Dios me dé el Espíritu Santo a mí».

Lo que Jesús dice no es: «¡Cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a personas santas que han sido cristianas mucho tiempo!».

Dice: «¡Cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!».

Entonces, ¿se lo pedimos?